



PROPAGANDA





# La Novela Fox

Publicación semanal de los argumentos  
de las películas de la marca «FOX»

Ediciones BISTAGNE : Pasaje Paz, 10 bis.  
Barcelona Tel. 18551

Año II

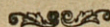
N.º 33

TRUE HEAVEN 1929

## Mi vida en sus manos

Producción de amor y guerra, interpretada por  
GEORGE O'BRIEN y LOIS MORAN

SUPERPRODUCCIÓN FOX



Exclusiva de

Hispano Foxfilms, S. A. E.

Valencia, 280 - Barcelona



## MI VIDA EN SUS MANOS

### Argumento de la película

Corría el mes de octubre de 1918. La gran guerra seguía de modo feroz, inhumano. Las tropas alemanas iban perdiendo terreno...

El teniente inglés Phillip Gresson llegó, procedente de las trincheras, a un humilde villorio belga situado a la retaguardia de las líneas británicas.

Gresson, que había estado luchando durante tanto tiempo con la muerte, suspiró feliz al verse en este lugar de relativa paz.

Su ordenanza experimentó los mismos sentimientos y le dijo, a tiempo que los dos se apeaban de la motocicleta que les había conducido allí:

—Qué bien resulta el pueblo más miserable después de pasar quince días en las trincheras, ¿verdad, mi teniente?

—¡Exacto! Esto es la vida... y lo de allá es el infierno.

Apareció en la ventana de una cercana casa,

la silueta delicada de una joven y hermosa mujer que estuvo contemplando breves momentos al oficial.

Sonrió Gresson ante la visión de aquella criatura femenina que evocaba tantas escenas alegres tras el calvario de las trincheras... pero la bella desconocida volvió a ocultarse en el interior.

—¡Aguárdame aquí! — dijo el teniente a su ordenanza—. He visto algo que es posible me retenga en el pueblo durante unas semanas... Ya te advertiré si nos vamos.

—Comprendido, mi teniente...

Dirigióse Gresson, con el feliz optimismo que causa la visión, aunque sea fugitiva, de una mujer, hacia el edificio donde estaba enclavada una sección del Estado Mayor.

Alguien espío sus pasos...

Una señora ya entrada en años le siguió con la mirada bajo las persianas de su caserón.

Luego dijo a una muchacha, a la misma bella criatura que antes había llamado poderosamente la atención de Gresson:

—Trata de relacionarte con ese oficial que acaba de llegar del frente... Quizás traiga alguna valiosa información.

—Lo procuraré...

Eran las dos mujeres, espías enemigas que habían logrado introducirse tras las líneas aliadas a fin de conseguir toda clase de datos sobre los ejércitos.



Pasaban allí como dos belgas humildes, insignificantes, gente callada y resignada de la que no cabía sospechar nunca.

Y sin embargo, palpitaba en sus almas el fervoroso anhelo de servir a los de allá, a su país alemán.

Gresson llegó a la oficina del Estado Mayor.

Entregó al coronel los informes que traía de las líneas de trincheras. Mientras su jefe examinaba complacido aquellos importantes datos, Gresson saludó a otro oficial.

—Querido amigo...

—¿Qué tal, Gresson? La guerra no es juego de pelota, ¿verdad?

—Es una hecatombe, diablo... ¡Cada vez caen más hombres!

—Y los que caerán si eso no se acaba pronto... La lista de las pérdidas de estos días trae muchos nombres de valer.

—¡Ah, la guerra!

El coronel llamó a Gresson y le dijo:

—Le felicito por sus informes... Puede usted ya regresar al frente.

Gresson vaciló y acordóse de unos ojos negros que había visto en una ventana.

Se atrevió a sonreír y dijo:

—¿Podría solicitar de mi coronel la licencia necesaria para pasar la noche en el pueblo, antes de volver a las trincheras?

—¡Imposible!... Le niego lo que solicita — contestó con severidad su superior.

—¡Bien, mi coronel!

Iba ya a salir cuando la voz más amable del jefe le hizo volver emocionado.

—Pero no puedo evitar que su motocicleta sufra algún desperfecto — dijo de modo afectuoso.

Comprendió Gresson la noble delicadeza del coronel y cuadróse agradecido.

—¡Oh, mi coronel!... ¡Mil gracias!

Y salió con el corazón cautivo de alegría, rebotante de la dicha que proporciona la libertad.

Le vio alejarse su jefe con una sonrisa bondadosa.

—Es un buen muchacho — dijo a un teniente — y un espléndido oficial...

—De lo mejorcito que hay... Quizás sea el hombre que necesita usted para esa empresa...

—¡Quizás!...

Y sus ojos abarcaron un mapa y señaló con los dedos las líneas enemigas.

\* \* \*

Gresson acercóse a su ordenanza que se preparaba ya para poner en marcha la motocicleta y le dijo:

—Lástima que no puedas hacer trabajar ese motor...

—Pero si trabaja como un reloj, señor...

—¡Vamos, soldado!... Esta noche nos quedamos aquí... ¿Vas a negar a las chicas del



pueblo el placer de admirar tu bello rostro por esta noche?

Y dándole un golpecito en la espalda, se separó de él para pasear un rato por el villorio.

La casa por donde había aparecido antes la linda desconocida, estaba herméticamente cerrada. ¡Qué lastima! Acaso la encantadora criatura estuviese ya reposando.

Después de sonreír a varias muchachas que encontró en su camino, se dirigió a un café servido por camareras donde estaban reunidos varios oficiales británicos.

Eran militares con licencia que le pedían al



*...se encontraba ahora en el café.*

vino y a los besos femeninos un poco de olvido de la guerra.

Gresson acercóse al mostrador y bebió unas copas. Luego conversó con varios compatriotas y algunas mujeres que brindaban graciosamente sus labios a aquellos hombres curtidos por la larga lucha.

La bella desconocida que una hora antes había visto desde una ventana al joven oficial, se encontraba ahora en el café y sonrió maravillada al descubrir al apuesto mozo.

El corazón de la espía había palpitado con un sentimiento de emoción al ver por primera vez al joven oficial británico.

Gresson rechazó las caricias que una mujer sentada detrás de él, sobre el mostrador le prodigaba con pegajosa continuidad...

De repente se sintió malhumorado. ¿Dónde podría estar la otra?

Escuchóse detrás de él una dulce voz que decía:

—Por fin te vuelvo a ver.

Volvióse el oficial, extrañado de que le hablaran así y quedó gratamente sorprendido al contemplar a la hermosa de la ventana.

—¿De dónde has salido? —le dijo, riendo—. No estabas aquí hace poco.

—Te vi entrar.... Te aseguro que no había podido olvidarte...

Y la muchacha le estrechó en sus brazos y el joven teniente la besó maravillado de aque-



lla conquista fácil.

—Me quedé porque supuse que te volvería a ver... — dijo.

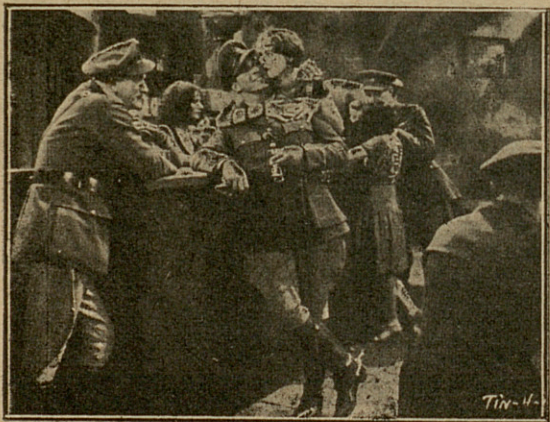
—Y no te equivocaste... ¿Cómo te llamas, teniente?

—Phillip Gresson...

—Yo me llamo... Judith...

Fueron a sentarse a una mesa y pronto una dulce conversación les unió a los dos con la facilidad de los afectos amorosos entre las gentes que están tal vez en peligro de morir.

—¡Eres encantadora, Judith!... ¡Cuánto siento que no haya paz para estar siempre a tu lado!



—¿Cómo te llamas, teniente?

—¿Quieres venir a mi casa? Charlaremos... ¡Tendremos más libertad!

—¡Ya lo creo!

Y sonriente la cogió en sus brazos y se la llevó de allí, entre la hilaridad de los demás compañeros de armas y de las otras muchachas que había en el local.

¡Bah! Nadie se escandalizaba ante aquellos ligeros devaneos... La muerte acechaba a cada instante y ellos olvidaban esa idea con la embriaguez del placer...

—¡Cuidado con tropezar! — le dijo riendo, un camarada.

—¡Bah! ¡Calzo zapatos de goma!

Llegaron a la casa de ella. Judith destapó unas botellas, y amenizaron los besos con largos sorbos de champaña.

Gresson iba sintiéndose cautivado por el encanto suave de la conversación de aquella mujer que en todas sus palabras parecía poner una nota de máxima distinción, de serenidad delicada...

Se besaban con suavidad...

Judith acariciaba al oficial con verdadera simpatía... Fué acaso el flechazo, fué tal vez el misterioso flúido que atrae dos almas, lo cierto es que ella estaba emocionada y turbada.

Y sin embargo, no podía olvidar que se hallaba realizando una comedia, que si había atraído hacia allí a aquel oficial, no era por amor, ni por dinero, ni por capricho, sino únicamente



por su deseo de conocer informaciones... porque ella era antes que todo y sobre todo, una espía, entregada al servicio de su patria.

Entre besos y caricias, ella le dijo, queriendo saber, procurando no perder el tiempo para su servicio de espionaje:

—Pronto tendrás muchos amigos en este pueblo, ¿no es así?... Se espera la llegada de más tropas inglesas a este sector, ¿verdad?

—Ahora no deseo otra compañía que la tuya, preciosa... Mañana será otro día... No quiero pensar en nada...

Volvió a beber y a... beber amor en los labios de Judith. Pero la espía, para quien su obligación se sobreponía al afecto que le inspiraba el oficial, seguía preguntando:

—Dime, ¿vas a estar mucho tiempo aquí antes de que movilicen a tu brigada?

—¡Para lo que me importa lo que haga la brigada!... ¡Por mí quedémonos aquí todo el invierno!

—¿Entonces a qué viniste?

—Asuntos del servicio... que tú no comprenderías, mujer...

—Gresson, ¿cómo te quiero!

Deseaba que hablase, que confesase el género de información que le había hecho visitar la retaguardia.

Entonces escuchóse repentino cañoneo, y un ruido de motores que cruzaban el cielo nocturno.

—Ya tenemos aquí los aviones alemanes —dijo ella—. Ven al sótano.

Se dirigieron por una escalerilla apartada hacia el subterráneo.

Comenzó a escucharse un bombardeo terrible como si todo el pueblo saltase hecho pedazos.

Los aviones alemanes echaban bombas, y eran contestados en su ataque por los cañones aliados que parecían querer destrozar la bóveda azul del cielo.

Judith, pálida de terror, se abrazaba al teniente.

—¡No temas! —le decía él, tranquilizándola—. ¡Aquí estamos seguros!

Pero de pronto, escuchóse una horrible explosión... Una de las bombas había estallado en el edificio... y hasta el mismo subterráneo se conmovió en sus cimientos, cayendo en él algunas vigas y pedruscos.

—¡Gresson!... ¡Temo que nos ocurra algo!

—¡Nada nos puede pasar!

Y se besaban como transmitiéndose con su calor una mutua fortaleza.

Volvió a sonar otra fuerte explosión y esta vez cayó una lluvia de hierros y pedruscos en el sótano.

Gresson dió un grito de horror. Una de las piedras había caído sobre su pecho produciéndole una tremenda herida.

Luego el bombardeo se fué alejando, amor-



tiguando... Los aviones enemigos, cumplida su misión, regresaban a sus bases.

Gemía el teniente inglés en el suelo, quejándose de intenso sufrimiento. Judith, desesperada, pues sobre su condición de espía, existía ahora su ternura de mujer enamorada hacia el que estaba sufriendo, se dió cuenta de que no podían salir de allí, pues la puerta hallábase tapiada por enormes piedras caídas con la explosión.

Si no llegaba auxilio del exterior, allí habrían de permanecer, pues sus fuerzas eran impotentes para lograr la libertad...

—¡Gresson! ¡Mi pobre Gresson! — decía ella acariciando los labios del teniente.

—¡Ay, Judith!... ¡Yo voy a morirme!... ¡Cómo me duele el pecho!

Ella le desbrochó la guerrera y vió en el pecho una sangrienta herida que sin cesar rezumaba sangre.

Se enterneció... De buena gana hubiera besado aquel desgarrón por donde parecía escaparse aquella vida juvenil.

¿Qué hacer para salvar a ese hombre?

La guerra da experiencia... y ella sabía que lo más terrible de las heridas era la infección...

Había que localizar el terrible orificio abierto en la propia carne...

Judith no era cobarde... Cogió un pequeño cuchillo; pasó el acero sobre una llama, y cuando estuvo la límpida hoja caliente lo aplicó a

la herida para cauterizarla, impidiendo de este modo nueva pérdida de sangre.

Estremeciósese el teniente, bajo los terribles efectos de la llama... pero poco después el pecho dejó de manar sangre...

Y a poco se durmió suavemente, bajo la tremenda debilidad que le envolvía... y ella veló su sueño, acariciando sus manos y su rostro...

\* \* \*

Despertó Gresson al amanecer... Llamóle la atención un rumor cercano de excavaciones.

Se sentía mejor... Junto a él estaba Judith, prodigándole palabras de esperanza.

—Oigo ruido de palas, Gresson... No tardaremos en hallarnos libres...

—¡Judith! ¡Mi enfermera!...

—¿Sufres mucho?

—Apenas ya... ¡Ah, Judith!... Yo tengo que volver pronto al frente... pero me acordaré siempre de ti...

—Yo no te olvidaré tampoco...

—Pasaré a buscarte otro día... pero no vuelvas al café... Tú eres una mujer demasiado buena para frecuentar un ambiente semejante...

Los ojos de Judith se cubrieron de sombras de melancolía...

Los golpes resonaban ya allí mismo... y pronto apareció un boquete por donde llegó la fuerte luz exterior y el auxilio humano.

Unos soldados condujeron al teniente al hospital y Judith despidióse tiernamente de su

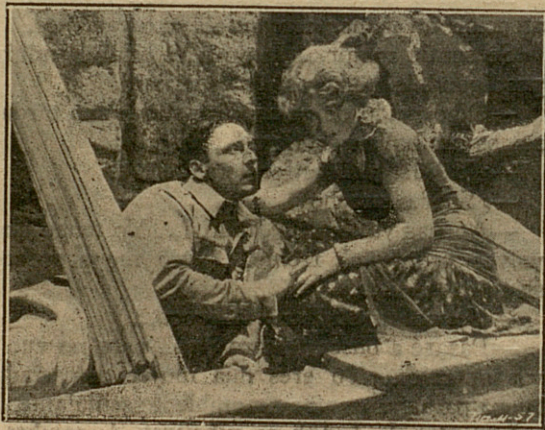


compañero, prometiéndole volverle a ver pronto.

Luchaban en su alma dos ideales... El servicio a su patria... y su amor, porque aquello era amor hacia un oficial enemigo...

Entristecida, llevando en el alma la melancolía del cariño subió a su piso donde ya la esperaba su compañera de espionaje.

—¡Anda... arréglatelo todo en seguida!... La superioridad ha dispuesto en el acto tu trasla-



—*¡No tardaremos en hallarnos libres!*

do a Hautocroix...

—Pero, ¿tengo que abandonar este pueblo?

—Ahora mismo... Tus servicios son necesarios en otra parte...

Y con lágrimas en los ojos, la bella espía alemana tuvo que salir de aquella población, sin haber podido despedirse de nuevo de Gresson.

Este hallábase ya relativamente bien. El médico que le examinó la herida, dijo con palabra emocionada:

—Tuvo usted suerte, Gresson... La cauterización de esta herida le salvó la vida.

Un gran sentimiento de gratitud se apoderó del teniente hacia la mujercita delicada que heroicamente había defendido de la muerte.

Cuando unos días después logró salir del hospital, ya completamente restablecido, corrió a casa de Judith, pero ya no le dieron razón alguna de ella.

Había desaparecido, marchado hacia otro lugar, sin dejar dicha la dirección... Y fueron inútiles las gestiones que realizó para encontrar una pista...

Nadie sabía nada de Judith.

Y mientras tanto, Judith, valiéndose de pasaportes falsos había logrado atravesar las líneas inglesas y entrar en territorio alemán.

Corrió a ver a uno de los jefes de su país, encargado del poderoso servicio de espionaje.

Vivía el jefe en una casa de los alrededores de Hautocroix, un pueblo ocupado por los alemanes.



—Te felicito por haber podido escapar con vida — le dijo el jefe—. He estado sumamente inquieto por tu ausencia.

—Ya ve usted que nada me ha ocurrido — contestó con una sonrisa melancólica.

—¡Qué valiente eres! — dijo acariciándola con dulzura paternal—. ¡Ah, la chiquilla que aprendió a amar a su patria y al emperador en mi escuela!

—No he olvidado sus enseñanzas.

—Lo sé... Y ¿tienes algo qué informar?

—Sí, esto...

Y le entregó una nota en la que constaban interesantes datos, recogidos por Judith, en su misión por tierras enemigas.

—¡Magnífico... magnífico!... Mereces nuestra gratitud.

Y ella en vez de escuchar aquellos elogios pensaba en el oficial enemigo, porque el amor no dice de dónde viene... ni adónde va... ni sabe de fronteras...

Entretanto, en el frente inglés, el teniente Gresson era llamado de nuevo por su coronel.

—Le he hecho llamar para encomendarle una misión de importancia — le dijo.

—¡Siempre a sus órdenes!

—¿Habla usted aun ese perfecto alemán de Heidelberg?

—Me hago entender, señor...

—Pues conviene que vaya usted a las líneas alemanas... vestido de oficial germano... y allí

procure informarse de asuntos relacionados con movimientos de aquellas tropas... Misión de espionaje pero necesaria para nuestro país. ¿Qué le parece?

—Iré adonde se me manda.

—No esperaba menos de usted... Se dirigirá usted a Hautcroix... En dicho pueblo tenemos ya dos agentes... Uno de ellos es el estancero; el oro el camarero del café. Identifíquese con ellos empleando la palabra *siete*.

—Perfectamente...

—Le prevengo con pena que el golpe es desesperado, pero el servicio de la patria lo demanda... Es probable que el mismo enemigo esté al tanto de nuestra contraseña.

—Procuraré guardarme.

—Posible es que no vuelva usted... Antes ya lo intentaron tres de los nuestros y fracasaron. ¡Buena suerte!

—¡Pienso volver, mi coronel!

Y el bravo oficial vistió poco después el uniforme de teniente bávaro y subiendo a un aeroplano se hizo conducir a las líneas alemanas, descendiendo en los alrededores de Hautcroix.

La misión era difícilísima... pero tenía confianza en vencer.

con un monóculo en el ojo izquierdo y el ros-  
Vestido con el uniforme de oficial alemán,

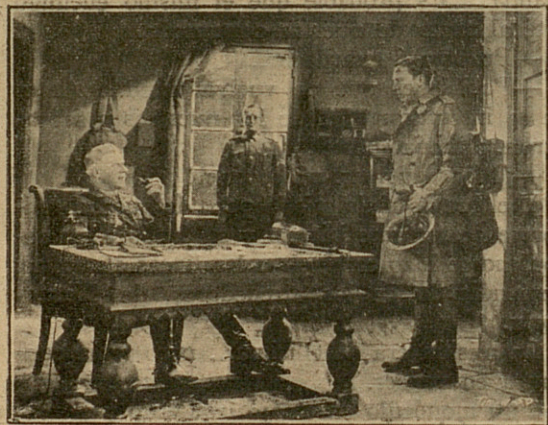


tro grave y severo, Gresson fumando un cigarrillo anduvo por las calles de Hautcroix, saludando a los soldados germanos...

Era peligrosísimo lo que estaba realizando... y se jugaba la vida. Un oficial alemán le llamó rogándole que le dejase encender su cigarro con el suyo.

Tuvo Gresson que reprimir su intensa emoción, pero el otro después de lograr fuego, le devolvió el cigarrillo diciéndole cortésmente: —¡ Muchas gracias!

El teniente inglés siguió su camino, después



*...el teniente Gresson era llamado de nuevo por un coronel...*

de echar a tierra el cigarro que había sido tocado por unos dedos enemigos.

Se dirigió al puesto de tabacos, cuyo encargado sabía él era agente de los ejércitos aliados.

Entró y miró sonriente a aquel hombre belga, de mirada desconfiada y tímida.

—Siete cigarrillos — dijo recalcando la primera palabra.

Los ojos del hombrecillo se iluminaron y sonrió con aire de inteligencia. Le dió el tabaco pedido, poniéndoselo en la cigarrera y le dijo, señalando uno de los cigarrillos:

—Este en particular es excelente...

—¡ Muy bien! Lo tendré en cuenta.

Comprendía Gresson que dentro de aquel cigarrillo se encerraban importantes informaciones.

Iba ya a salir cuando topóse en la puerta con unos auténticos oficiales alemanes quienes al verle le estrecharon calurosamente la mano.

—¡ Otro camarada bávaro! — dijo uno de ellos—. ¿ Desde cuándo estás aquí?

—He llegado hace poco — contestó en el mejor alemán que pudo,

—Pues te vienes inmediatamente con nosotros.

—No me es posible...

—¡ Anda, ven!... Tenemos la misión de agasajar a los oficiales que nos visitan... ¡ Acompañanos al Casino!



—Pero...

—Te divertirás en grande... y los camaradas tendrán mucho gusto en verte.

Tuvo que seguirles. Una constante negativa les hubiera hecho entrar en sospechas. Y del brazo de aquellos alemanes marchó en dirección al Casino, situado en el único café del pueblo.

Gresson no las tenía todas consigo. Deseaba huir cuanto antes de aquellos "camaradas" que comenzaban a hacerle preguntas sobre asuntos de la guerra y a los que no podía dar informes satisfactorios.

Se sentaron a una de las mesas del café... Gresson vió al camarero que era otro agente secreto de su gobierno... Pero, ¿cómo decirle nada ahora?

Tuvo que beber cerveza con los oficiales germanos, deseando huir cuanto antes.

La ocasión no tardó en presentársele en forma de una hermosa muchacha que pasó por las cercanías del café.

Aquellos hombres jóvenes bromearon sobre quién de ellos se atrevía a dar un beso a la chica, y Gresson se levantó, jurando que él iba a realizar aquella hazaña.

Acercóse a la aldeana, muchacha de unos treinta años que soñaba en el amor... y sonriente, comenzó a piropearla, y ella rió complacida... y tras la risa llegó el beso.

Luego cogió por el brazo a la mujercita y

se la llevó de allí, diciendo adiós a los oficiales, quienes no insistieron en que se quedase porque la conquista valía la pena de aprovecharla.

Doblaron una esquina, y Gresson dijo a su compañera:

—Gracias, chiquilla. Jamás necesité un beso tanto como hace un instante. ¿Quieres que te dé otro?

—Sí...

—Cierra los ojos... y espera...

Hizo ella lo que le ordenaban, y el teniente aprovechó la oportunidad para huir, cruzando calles y plazas hasta meterse para mayor seguridad personal en una iglesia.

Y la pobre aldeana que había aguardado con los ojos cerrados y los labios anhelantes el suspirado beso, tuvo que marchar, llorando la desaparición del efímero galán.

El teniente se fué acostumbrando poco a poco a la penumbra de la iglesia. Cantaban unas voces de niños y por el templo se esparcía una dulzura inefable.

Acabada la función, fueron desfilando los devotos y entonces Gresson vió pasar ante él a una mujer y al reconocerla sintió un vuelco en el corazón.

También ella lanzó una pequeña exclamación de sorpresa y sus ojos negros se clavaron en el militar que vestía uniforme teutón.

—¡Judith!...

—¡Oh, Gresson!



Salieron del templo, emocionados por aquel inesperado encuentro en las líneas de ocupación alemana.

Ya en el atrio, él la dijo, conmovido:

—Te busqué por todas partes. ¿Y quién iba a decir que aquí?

Judith se apartó bruscamente, recordando que Gresson, el hombre que amaba, era un oficial inglés y ahora vestía el uniforme alemán... ¿Se trataría de un espía?

—¿A qué se debe tu presencia aquí?

—¿Y la tuya?

—Dime tú, primero...

Gresson estaba desorientado. ¿Cómo había podido Judith, la belga suave, atravesar el mundo de las dos trincheras, las dos líneas enemigas y llegar al otro lado del frente?

Tuvo él una sospecha... ¿Sería, acaso, una espía aliada? ¿Serían camaradas en la misma misión?

—Puedo darte *siete* razones—dijo Gresson, recalando el número por ver si Judith recogía la indirecta.

—¡*Siete*! ¡Ahora comprendo! — murmuró, emocionada.

La espía alemana sabía que el espionaje aliado usaba el número siete como contraseña... Entonces, ¿tenía ante ella a un espía, a un enemigo, a uno de los hombres que iban a combatir contra Alemania, quitándole sus secretos de guerra?

¡Y aquel enemigo, era el hombre que amaba!

Procuró disimular su emoción y escuchó riendo las palabras del oficial.

—¡Qué alegría laborar en el peligro por la misma causa, Judith!

—No grites...

Vaciló unos momentos. El fuego del patriotismo ardía en su alma y las llamas le quemaban.

Al cabo pareció tomar una resolución y dijo:

—De mí no sospecharán nunca... pero a ti es más fácil que te descubran; sobre todo por el uniforme... ¿Dónde te hospedas?

—No tengo aún sitio...

—Pues ven a mi casa... ¡Estarás mucho más seguro!

—¡Qué felicidad tan grande, Judith, la de estar contigo!

Marcharon a la casa de ella. Anochece... Judith luchaba entre sus sentimientos de patriota y el amor hacia aquel hombre.

Procuraba mostrarse alegre, pareciéndole imposible que aquel oficial fuera un espía enemigo.

El acariciándola dulcemente, le dijo:

—Con un "bock" de cerveza en la mano, completaría mi aspecto de alemán.

—¡Bebamos!



Destapó una botella y el joven brindó alegremente:

—¡Por el éxito de nuestra misión! ¡Porque termine la guerra... y tengamos paz... tranquilidad... un verdadero cielo en la tierra!

Ella le escuchaba sonriente, sin hablar...

¿Qué hacer? ¡Su deber de alemana le exigía entregar a aquel hombre! ¡Y era su amor!

—Los informes que llevo conmigo harán que pronto se realicen nuestros deseos — dijo Gresson.

Tembló la mujercita...

¿Qué llevaba aquel hombre? ¿Qué informes iba a comunicar que acaso significasen la destrucción de la patria alemana? ¡Dios mío!... ¿y ella permitiría?

Gresson la abrazó y dijo:

—¡Qué felicidad cuando esta pesadilla de la guerra haya concluido!... Entonces estaremos juntos para siempre... ¡amor mío!

Aquellas palabras le hacían un daño inmenso...

—¡Temo por ti, Gresson! — murmuró—. ¡Tienes que huír ahora mismo!... ¡Si me amas, vete!

Era su súplica de amor, su deseo de que se marchase antes de que ella se viera obligada a entregarlo.

—Tengo todavía que ver a otra persona... Si para entonces vivo aún, me marcharé — dijo el oficial.

—Huye ahora mismo...

—¡No, Judith!... ¡No querrás que falte a mi deber... que viole mi juramento!

¡El deber! ¡El juramento! ¡Conque martilleo de acusación sonaban estas palabras en los oídos de Judith!

Y ella, ¿qué estaba haciendo? ¿Consentiría que su patria se perjudicase?

Se levantó de repente y salió de la habitación, como imbuída por una idea tenaz.

Entró en su cuarto y frenética, nerviosa, trazó en un papel:

*Un espía inglés estará en mi casa a las cinco de la mañana. Envíen oficiales a detenerle.*

Número 72.

Salió a una ventana y dió la carta a un soldado alemán... Luego, tranquilizada su conciencia de patriota, volvió al lado del hombre al que acababa de vender.

—¡Judith!... ¡No te apartes de mi lado! — le dijo él con cansada sonrisa — ¡Te adoro tanto!

La llenó de besos, y Judith se echó a llorar, pensando en lo que había hecho, en que acababa de entregar a aquel hombre tan amado, el primero que había emocionado su corazón...

—¡Vaya, amor mío! — decía Gresson—. ¡No



pases cuidado por mí!... Saldre con bien de la aventura... y cuando regrese nos casaremos... y después, Inglaterra... la luna de miel... el hogar...

¡Ah, cómo se crispaban las manos de la pobre criatura!... Seguía llorando con terrible desconsuelo...

—Tengo miedo de pensar en mañana—mururaba...

—¡Tonta... tontuela!... ¡Anda... siéntate a mi lado... así... a mis brazos!...

Ella se sentó en sus rodillas acariciando el rostro del oficial y éste, rendido por la fatiga del día, quedó dormido.

\* \* \*

Judith se había apartado un trecho de él... Se sentía enferma... Sus dientes castañeteaban... Se arrepentía de haber denunciado al hombre que era la esencia y el por qué de su vida... Y estaba allá, indefenso... durmiendo... y se acercaba la hora de las cinco, en la cual debían venir a buscarle...

¿Qué había hecho, Dios?...

Emocionada, le tocó por un brazo y le despertó...

El joven se puso en pie y dijo sonriente:

—¡Qué bien he dormido! ¡Un nuevo día!... Voy a acabar mi misión.

Y ella sin poder contener su sufrimiento, gritó con todas las fuerzas de su alma:

—¡Dios me perdone, Gresson!... Pero te he denunciado... ¡Soy alemana!

—¿Qué dices?

—He hecho llamar a unos oficiales para que te cojan prisionero... Estarán aquí de un momento a otro... ¡Cuán loca fui!

El la zarandeo con brutalidad.

—¡Ah, traidora!... Y yo había podido creer... ¡Ah, miserable! ¿Por eso me trajiste aquí... pretendiendo que me amabas... y la



—¡Qué felicidad cuando esta pesadilla de la guerra haya concluido!



noche pasada no ha sido sino un episodio en el juego que traías?

—¡Perdóname!... ¡Te amo, Gresson... te lo juro! ¡Huye!... ¡Oh, si pudiera deshacer lo que hice!... Creí que el amor a mi patria sería más fuerte que el amor que te tengo... ¡Te amo, Gresson... perdóname... debes comprender!...

Había tanto dolor en aquellos hermosos ojos, en aquel rostro maravilloso de mujer, que, a pesar de la gravedad de la situación, Gresson se conmovió...

—Comprendo... comprendo... —dijo, suspirando—. Eres alemana... y es lo único que podías hacer...

—Daría mi vida para que te salvaras... Pero, apresúrate... Huye... Todavía puedes escapar... Ahí está la puerta lateral...

Llamaron. Serían los oficiales alemanes.... Gresson se ocultó tras una puerta, y Judith después de enjugar sus lágrimas fué a abrir.

Eran dos alemanes que venían a detener al espía...

—Le esperaba a las cinco—murmuró ella, aparentando tranquilidad — pero no ha llegado...

—Entonces, aguardaremos fuera... Se alejaron...

Judith volvió al lado de su amigo. No había tiempo que perder... ¡Por la puerta lateral,

pronto!... Se dieron un beso y el joven partió...

Ella quedó mirando desde la ventana que daba a la calle principal, elevando sus rezos a Dios para que Gresson pudiera ponerse en salvo...

Un espectáculo horrible se presentó ante sus ojos. Vió a Gresson en la calle entré una patrulla de soldados que le conducían preso.

¡Oh, Gran Dios!

Gresson al salir a otra calle por la puerta lateral, fué detenido por una pareja de soldados que a prevención vigilaba... Después de quitarle el revólver le llevaron hacia la cárcel.

La pobre mujer dió un grito horroroso, como si le arrancasen el propio corazón y gimió desconsolada:

—¡Devuélvemelo, Dios mío... devuélvemelo!

\* \* \*

El Consejo de Guerra fué sumarisimo... Nada podía alegar en su favor el teniente inglés. Le habían encontrado el cigarrillo comprometedor con informaciones secretas; había vestido aquel uniforme alemán... Todo le condenaba.

Y el Tribunal dictó el terrible fallo que Gresson escuchó con serenidad:

—¡Culpable de espionaje!... ¡Condenado a ser fusilado antes de una hora!...



Judith, desesperada, se había dirigido a la casa donde estaba el jefe del espionaje alemán.

Este hombre la acogió afectuosamente y la dijo acariciando sus cabellos:

—Sé que has llevado a cabo un servicio distinguido por la patria... No me sorprendería que el Alto Mando, agradecido, te concediese la Cruz de Hierro...

Ella aparecía abatida, preocupada...

—¿Dice usted que me he ganado la gratitud de nuestra patria?—murmuró.

—Sí.

—Entonces — dijo con firme resolución — déme la vida de ese espía...

—¿Por qué?—preguntó, sorprendidísimo.

—Porque... le amo...

Y la desgraciada mujer se echó a llorar...

Sintió el jefe que la compasión le arañaba el alma y le preguntó con voz suave:

—Y amándole así, ¿supiste amar mejor a tu patria?

Ella afirmaba, sin poder hablar, rota la voz por la emoción.

—¡Victoriosa o vencida—exclamó el jefe con arrogancia—Alemania será siempre grande en el valor de mujeres como tú ¡Pobrecita Judith!...

Ella entreabrió la lucecilla de la esperanza.

—Entonces, ¿le salvará usted?—dijo con ansia.

—¡No!... Estamos en guerra... Tú has cumplido con tu deber... ¡Ese hombre es un espía!...

—¡Sálvelo!

—¡No puedo!

La joven parecía enloquecer...

—¡Dios mío! ¡Qué loca fui!... La Patria... El Alto Mando... El Deber... La gratitud... El Honor... El Valor... Servicio distinguido... Y he vendido una vida con un beso traidor... Y mi acción me valdrá una cruz de hierro, que habrá de roerme el corazón...

Alejóse el jefe. Le llamaban desde el cuarto del teléfono. Recibió una orden y su alma se estremeció de alegría...

Corrió rápidamente al patio de la casa donde estaba ya formado el cuadro para fusilar al teniente Gresson. Este conservaba una inmutable serenidad ante los fusiles que le apuntaban horizontalmente.

—Alto... no tirad!—gritó el jefe! ¡Acaba de firmarse el armisticio!

Esta palabra provocó una explosión de júbilo entre todas las tropas, quienes lanzaron tiros al aire para demostrar su loca alegría...

Y aquellos tiros llegaron al corazón de la pobre Judith que seguía llorando en el interior de la casa, como el anuncio de que se había cumplido la sentencia.

Gemía de emoción... quería morir cuanto antes...



Apareció el jefe, quien dijo, paternal:

—¡Levanta el corazón a la esperanza, Judith... La guerra ha terminado... El hombre que amas ya es libre...

—¡Oh, usted me engaña!... Pero... ¡Greson!

Acababa de verle aparecer en el umbral de la puerta...

—¡Mi Judith!

Y el oficial inglés cayó en sus brazos desfallecientes con divino amor...

F I N

**EXCLUSIVA DE VENTA**

**Sociedad General Española de Librería**

Barbará, 16 BARCELONA

Ferraz, 21 y Caños, 1 duplic.-MADRID

(5871) 20-1-1929





B.

